

LA AUTORIDAD PATERNA.

El padre de familia ha sido en todos los tiempos el respetable símbolo de la autoridad primitiva y suprema; todos los anales depositarios de la sabiduría de las naciones declaran que la autoridad paterna es la mas natural, la mas antigua, la mas universal, la mas santa de todas las autoridades humanas, la mas semejante á la autoridad de Dios; y no solo su origen, sino su naturaleza es divina tambien, por ser la misma autoridad del poder creador: así lo reconocen los hombres cuando dicen, con respeto, *este es mi padre*; y el respeto no tiene en la lengua humana una expresion mas enérgica, á menos que no diga *este es mi Dios*, porque entonces se eleva hasta la adoracion; pero lo inspira siempre el mismo sentimiento.

El primer poder establecido entre los hombres fué el paterno; en las primeras edades del mundo no habia mas reyes en la tierra que los padres de familia; y así como las familias fueron origen y modelo de las ciudades, de los reinos y de toda la sociedad humana, del mismo modo la autoridad paterna fué tipo y modelo de la autoridad social: he aquí tambien por qué siempre y en todas partes, la autoridad social no ha merecido las bendiciones de los hombres, sino cuando ha sido paternal; y en todas las naciones y en todos los siglos, el nombre de *padre de los pueblos* es el mas bello y glorioso de los nombres dados á los reyes de la tierra.

El nombre de rey es un nombre de padre, y todo el mundo conviene en que la obediencia debida á los poderes públicos, no tiene otro fundamento en la ley de Dios, que el precepto de honrar á los padres: tan verdad es que los príncipes, cualesquiera que sean, deben estar formados segun el modelo de los padres, que el rey lo es principalmente por deber en el Estado, como el padre es rey por derecho en la familia, y que un gobierno es tanto mas perfecto cuanto mas concuerda con el gobierno paternal.

Hay tanta grandeza en el nombre de padre, que los hombres no tienen otro que dar á aquel de sus semejantes que ha sido para ellos un salvador, ó que ha fundado alguna grande institucion: llámanle *padre de la patria*, y este nombre es mas augusto que el de los héroes. Y aun á la misma PÁTRIA, ¿por qué se le ha dado este bellissimo nombre, cuya etimología se deja tanto conocer, sino porque es la sociedad de los padres de familia, y porque es la imagen de la autoridad tutelar y del benéfico poder del gobierno paternal?

La gravedad romana, ¿qué nombre creyó deber dar á los patricios que tomaban asiento en aquel ilustre Senado, cuya magestad impulsó á un antiguo á decir, que á sus ojos parecia como una asamblea de reyes? La historia nos lo enseña: se les llamaba *Padres conscriptos*.

Remontémonos mas aun: la memoria de los antiguos patriarcas, ¿no es una de las mas venerables que los hombres conservan? ¿Hubo nada mas noble en la humanidad que el patriarcado? ¿No era el poder patriarcal, en las primeras familias benditas de Dios, la misma imagen de la grandeza y de la beneficencia divina? El patriarca, en los sencillos ejercicios de la vida pastoril, era á la vez padre, pontífice y rey; tenia por reino á su familia, y por súbditos á sus hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generacion; reinaba entre ellos soberanamente, ejercia todas las funciones del poder público y tambien la autoridad sacerdotal.

Sabido es cómo despues se establecieron providencialmente la sociedad civil y política y sus gefes, y la sociedad espiritual y el pontificado. El Evangelio, que vino á enaltecer las autoridades legítimas, nos revela que hay aun en el fondo de la autoridad de los padres algo de su primitiva grandeza.

Sí, un padre es hoy aun rey de su familia; su reino, esto es, su casa, su hogar doméstico, su viña, su campo, son inviolables; pero, sobre todo, su reino es su esposa y sus hijos; el alma, la vida y el honor de ellos; y cuando dice: *este es mi hijo, esta es mi hija*, expresa sus deberes y derechos con una energía que

ninguna otra autoridad mas que la suya podrá tener jamás: privarlo de sus hijos, violar indignamente el derecho que tiene á educarlos, es un atentado contra la naturaleza.

El rey temporal, el príncipe, es padre por deber, y la autoridad paterna será esencialmente, siempre, modelo de la autoridad pública; pero el padre es rey del hogar doméstico por derecho; y en lo que concierne á la educacion de sus hijos, ó la dá él mismo, ó elige maestros en quienes delega para que la den; y todo esto por un derecho primitivo, por un derecho superior é imprescindible, pues la autoridad paterna no es *abdicable* como las demás autoridades humanas: no es, sin duda, la mas extensa; pero es la mas íntima, la mas imprescriptible.

Toda autoridad, como hemos visto, se deriva inmediatamente de la paternidad, no es propia y esencial sino de los padres: del *Padre celestial*, por la paternidad soberana que le pertenece; y de los *padres terrenales* por la paternidad que les es providencialmente comunicada. Aunque la paternidad sea transmitida, la autoridad paterna es mas propia y esencial que comunicada; porque de tal modo pertenece, no al hombre sino al padre, cuando Dios lo hace padre, que no es necesario ningun otro acto de la voluntad divina para dársela: Dios no transmite la autoridad al padre por un decreto nuevo, positivo y especial; le transmite, le comunica la paternidad, y la consecuencia inmediata de esta es la autoridad.

De los depositarios de la autoridad entre los hombres se dice que están *revestidos de autoridad*; pero ningun hombre está revestido de la autoridad paterna, ni puede ser despojado de ella, ni abdicarla. Nó: el padre no está simplemente revestido de autoridad, sino que la posee. Dios podia no haberle comunicado la paternidad; pero una vez recibida esta, la autoridad le es esencial é imprescindible.

La primera idea de poder que ha existido entre los hombres, es la del poder paterno. Primero fué absoluto, sin intervencion, y tomó con frecuencia los caracteres de una horrenda

tiranía; pero este poder, tan terrible en la antigüedad, tan despótico bajo las leyes romanas, se ha debilitado extremadamente entre nosotros, por la relajacion de las costumbres y los abusos de la civilizacion: una excesiva familiaridad engendró cierta especie de igualdad, de libertad licenciosa entre el padre y los hijos, al mismo tiempo que la inconsecuencia de conducta, y á veces la falta de buen ejemplo, destruian toda la realidad y eficacia de la enseñanza práctica.

En las familias antiguas el padre tenia demasiado distantes de sí los hijos, por sumisos y respetuosos que fuesen; de lo cual resultaba en las relaciones habituales un penoso sentimiento de frialdad y malestar, consecuencia ordinaria del gran descenso así producido en el termómetro de los afectos: aquellos hijos cumplian bajo el imperio del temor los deberes que hubieran debido llenar por impulso del amor filial.

Hoy, el gefe de la familia, en vez de reducir prudentemente aquella excesiva distancia, la ha casi enteramente anulado; queriendo que para él su hijo llegue á ser un amigo, no ha tenido suficiente prevision para comprender que esta condicion moral, sin duda en apariencia llena de seductoras ilusiones, no podia establecerse sino á costa de cierta igualdad tan enojosa en sus resultados, que no permite obtener, en caso de necesidad, por medio del ascendiente de una superioridad peligrosamente abdicada, los miramientos y la sumision que entonces no son de esperar de los sentimientos afectuosos, ni aun de la gratitud.

La autoridad paterna está seriamente comprometida por nuestros hábitos y costumbres, y es de muy difícil aplicacion. Existe una verdad muy amarga; pero es necesario tener el valor de expresarla: la insubordinacion está á la órden del dia; desde la familia se ha deslizado á la sociedad; todo el mundo quiere mandar y nadie obedecer; y por una induccion fácil de alcanzar, las grandes perturbaciones de la sociedad son á veces consecuencias de las pequeñas insurrecciones de la familia.

No echamos de menos los abusos del pasado; antes por el contrario, con pesar los veríamos restablecerse en medio de nuestra civilización; solo deploramos los abusos del presente, y los funestos efectos de una condición social en que basta fijar la atención para comprender su inmensa trascendencia.

El padre de familia, sacrificando su reposo, sus gustos, sus placeres, su vida entera á la felicidad de su esposa y al bienestar de sus hijos; concediendo á estos últimos la prudente libertad, la suficiente latitud para educarlos con un afecto, siempre incapaz de exponerlos á los extravíos de una familiaridad peligrosa, nunca deberá dejar que se anule ó falsee en sus manos la saludable autoridad que Dios le confió para mejor uso, y cuya abdicación sería siempre fatal á los destinos de la humanidad.

J. T. L.

LA SOCIEDAD Y LA FAMILIA.

II.

Terminábamos nuestro artículo anterior con una proposición que debemos recordar para que nuestro trabajo resulte con el encadenamiento y claridad necesarias á la fácil comprensión de la doctrina que nos hemos propuesto exponer acerca de las íntimas relaciones que enlazan la sociedad y la familia, hasta hacer una y común su suerte en el porvenir. La proposición que reproduciremos venia al propósito de reconocer cuándo la sociedad, trabajada por la falta de armonía entre las tendencias morales y materiales, ó mas bien por la preponderancia de estas, se manifiesta en la mayoría de los individuos por un amor excesivo á los placeres y bienes materiales, cuyo desarrollo se debe al imperio de la duda sobre los espíritus, que se hace característico para la familia y la sociedad, *si la juventud se apresura á soltar las envolturas de la infancia y rasgar los velos que guardan su modestia, mostrándose alegre y satisfecha al abandonar una á una todas las*

creencias que habian penetrado en su corazón con las más candidas ilusiones. El mal moral, que en este hecho se revela, extiende sus raíces del individuo á la familia, y de esta á la sociedad, tomando proporciones amenazadoras, y las generaciones se suceden paso á paso en la pendiente resbaladiza de la degradación, hasta ahogar los puros y tranquilos goces de la virtud en el torbellino de un materialismo funesto, anuncio seguro de graves males sociales. Porque el imperio de la duda sobre el corazón concentra las pasiones en el ciego goce de los bienes materiales, cuyos extragos producen el cansancio y el tedio, que á su vez alejan rápidamente toda compensación y toda esperanza para los sufrimientos y amarguras de la vida; pues se cae en una especie de abandono en que el error domina por completo al espíritu, lo ocupa todo entero, penetra hasta su fondo y presenta á sus víctimas como el retrato fiel de nuestra debilidad y nuestras miserias.

No podemos considerar aun á nuestra sociedad en semejante estado; porque si bien la duda muestra su mortífero sello en la frente de muchos individuos de todas las clases y todas las edades, aun se guarda viva é incólume la fé en el sagrado de numerosas familias, y mas especialmente en el tierno corazón de la juventud del bello sexo, á quien el pestilente hábito del vicio no ha podido envolver en su atmósfera corruptora, y esa fundada esperanza de las sociedades modernas será la nave dichosa que conduzca á puerto de salvación á las generaciones venideras; porque llamadas á darlas vida en su seno, á mover con su ternura los afectos del alma y despertar con su palabra los primeros destellos de la inteligencia, una aureola de fé pura rodeará su incierta planta en los primeros pasos de la vida, guiándola cuidadosa hasta asegurar su marcha en el camino de la virtud. Mas aunque esto no fuese, aun no se habria perdido todo para la humanidad. Si el disgusto propio del tedio que engendra la duda se mueve, aunque ligeramente, por un sentimiento religioso, deja de ser tan peligroso para el alma, y hasta puede hacerse saludable

con una facilidad extraordinaria. No llegando la corrupcion al grado en que su busca el placer en los efectos de la perversidad, ese disgusto fatal con que la duda habia nublado al espíritu, se convierte en un placer moderado bajo el influjo del movimiento ó pensamiento religioso; desaparece el abandono del alma, que empieza á ser reemplazado por una deliciosa languidez; y si alguna vez ella desconoce la verdadera causa de este cambio, y como nuevamente seducida vaga en los espacios misteriosos, haciéndose ilusiones sobre la impotencia y la miseria de que se levanta, cuando cree revivir para el mundo de los placeres por que habia pasado, no hace otra cosa que entrar en la vida real del espíritu donde suspira y cree, porque la especie de desvanecimiento en que se figura ver los objetos como en un verdadero sueño, rodeados de una misteriosa belleza, desaparece bien pronto y no tarda en comprender que todas sus ilusiones no fueron mas que vanas quimeras. Si al producirse tan saludable efecto, emanacion solo de una causa tan elevada, un destello de luz desprendido de los brillantes é inagotables orígenes de la fé viene á mover el sentimiento, enardecer el espíritu abatido y alumbrar la inteligencia, la transformacion se ha realizado por completo; las tendencias morales y materiales han vuelto á las relaciones armónicas que las corresponden, la materia se subordina al espíritu y desaparece el amor exagerado á todo lo que perjudica al alma. ¿Pero necesitamos, por ventura, ir tan adelante en nuestras consideraciones sobre esta materia, para llenar el objeto que nos hemos propuesto? Nó: demostrado está que el vicio horrible del amor exagerado á los bienes y placeres materiales, no es de los que tienen origen en nuestra misma sociedad, por mas que á ella lleve sus extragos; que determinada su causa es de una procedencia mas al alcance de la educacion y la familia para combatirla; y si alguna vez se sustrae á la influencia de una y otra, porque el hombre adulto empieza á rendirle culto en una edad en que solo pueden contenerle frenos mas poderosos, aun

encuentra en esta última un dique mas formidable para evitar su propagacion desastrosa. Las condiciones favorables para el desarrollo y extension de este vicio, así como para contenerlo y combatirlo, no están ni han de buscarse jamás en las condiciones sociales; es preciso reconocerlas en el individuo, la familia y la educacion, atendida la causa inmediata que lo produce. La duda, que es su fatal origen, levanta su templo en los espíritus débiles, á quienes el abandono de la familia y la escasa fuerza de la educacion no ha robustecido con la sávia de la ciencia y el fuego de la fé: ella rompe la armonía de las tendencias individuales, y el numeroso tropel de sus víctimas, que corren desalentadas en el mundo tras de los bienes materiales, abre en la sociedad ese cáncer que la amenaza con la disolucion. La ciencia y la fé con que se combate el formidable enemigo de nuestra dicha, han de ser patrimonio del espíritu desde que empieza á vivir por los cuidados de la educacion y la familia; y para que una y otra puedan infundirlas en toda su fuerza, han de reinar de antemano en el corazon y la inteligencia de la muger, depositaria de nuestros destinos. Así, pues, en vez de exagerar el mal, atormentar con el peligro, señalar equivocadamente sus causas, perderse en busca de remedios ineficaces para combatirlas, y demandarlas á quien no los posee, concentremos la accion de nuestro espíritu en el círculo donde obra con mas eficacia, y del que emanan todas las causas que llevan á la sociedad su dicha ó su desventura, que es la familia; y armados con el poder de la educacion, demos á la sociedad el fundamento mas sólido para levantar el gran edificio de sus ulteriores destinos.

(Se continuará.)

L. R. y P.

ALGUNAS OBSERVACIONES GENERALES

SOBRE LA CORRESPONDENCIA EPISTOLAR, CONSIDERADA COMO ELEMENTO DE CULTURA INTELECTUAL Y MORAL PARA LA MUGER.

Aunque la muger no está llamada sino muy rara vez á escribir obras de largo y profundo estudio, es

indudable que en proporciones convenientes pueden ser objeto de su pluma algunas aplicaciones de la composicion, porque este ejercicio le es casi tan necesario como al hombre, no solo para dar flexibilidad á su inteligencia, sino tambien porque en su correspondencia de amistad y de familia se vé á menudo en el caso de hacer reflexiones morales, narraciones y descripciones. Ninguna forma de la composicion es mas importante para la muger que la correspondencia epistolar, pues en muchas ocasiones tiene que hacer valer en ella un razonamiento, con claridad y energía, expresar consejos persuasivos sobre reglas de conducta, referir un viaje ó una escena interesante de que haya sido testigo presencial: casi toda la literatura práctica de la muger es epistolar; y aunque no pretenda adquirir por medio de simples cartas la reputacion literaria que á muy pocas es dado alcanzar, debe saber, por lo menos, quedar airosa en una correspondencia.

Cuando las mugeres tenian casi por única ley, por sola consigna doméstica *hilar y coser*, nadie se ocupaba en saber cómo escribía una muger y si podía escribir bien. Hoy, el número de las que escriben una carta correctamente y aun con elegancia, es mucho mayor que otras veces; pero si bien se nota un mejoramiento incontestable en esta parte de la instruccion de la muger, la opinion, de acuerdo con las verdaderas necesidades domésticas y sociales, exige aun nuevos perfeccionamientos.

Necesario es que una muger, escribiendo á su familia ó á sus amigas, muestre que su inteligencia ha sido cultivada, que sabe hablar el lenguaje propio de los asuntos que la ocupen, y emplear en su estilo el buen tono que sin duda reina en sus maneras: conviene que adquiera esta interesante instruccion desde muy jóven, y para ello debe reflexionar, trabajar, practicar mucho. Creer que para desempeñar con buen éxito una correspondencia basta lo natural, es un gravísimo error; en este asunto, la naturalidad que sienta bien es la que vá unida á las conveniencias y al hábito de pensar y escribir. Hay cierta naturalidad llena de negligencia en la compostura personal, que se parece mucho al desaliño, y que no puede merecer aprobacion. Nada mas natural que no saber ortografía, que no se aprende sin ejercicios, y hoy no están las mugeres dispensadas de saberla: lo mismo debe entenderse respecto al orden de los pensamientos y al estilo.

La correspondencia tiene algo de comun con la

composicion y la conversacion. Menos solemne que la primera y menos caprichosa que la segunda, exige cierta compostura sencilla y cómoda, como lo sería la de una persona que no estuviese muy adornada, pero que distase mas aun de un desaliño chocante; hay, pues, algo de arte en la correspondencia, y no es temerario el querer dirigir este elemento segun las reglas seguras que dicta la razon.

Las aplicaciones del género epistolar son de una variedad muy difícil de apreciar, porque todo puede ser objeto de la correspondencia; todos los tonos pueden ser convenientes en ella, segun la naturaleza de los asuntos; no hay sentimiento grave ó ligero, alegre ó triste, que no pueda comunicar una carta, por medios diferentes. Pero aunque una carrera sea vasta, se pueden marcar en ella los puntos principales: tal es el caso en que el espíritu experimenta la necesidad de aliviarse con algunas divisiones fundadas en la razon y la naturaleza. Veamos, pues, cómo se clasifican natural y racionalmente las producciones del género epistolar:

Siempre que necesitamos dividir cualquier asunto que nos ocupa, nos vemos conducidos á fundar esta clasificacion en la distincion de nuestras facultades: la observacion de la naturaleza humana es la mas sólida base del método.

Entre las facultades que pueden caracterizar un trabajo cualquiera de la inteligencia, se presentan en primer término la *imaginacion*, la *sensibilidad* y el *juicio*. Al resultado general de todo lo que se escribe con un mérito positivo contribuyen muchas facultades y movimientos de la inteligencia. El escrito, en que solo hay imaginacion, sin sentimiento ni juicio, no vale mas que el que solo revela sentimiento y carece de otra cualidad, ó que aquel en que el talento hace todo el gasto; pero un talento que excluye el lenguaje del corazon, y que el buen gusto condena. El juicio solo en algunos escritos puede pasar sin el concurso de las demás facultades, porque es superior á todas ellas; pero una produccion participa siempre mas especialmente del carácter de una de nuestras facultades; y esto que se puede decir de toda obra, se aplica igualmente á la correspondencia.

Habrà, pues, cartas que en virtud del asunto serán dictadas mas por la imaginacion que por el sentimiento, ó mas por el sentimiento que por el juicio: esto es tan natural como inevitable, y el buen gusto no tiene de qué quejarse con tal que haya siempre

en la producción algo que revele al menos la presencia de la facultad principal.

Independientemente del asunto, el giro del talento del que escribe una carta, tiene una grande influencia sobre su estilo; pero esto es lo que la educación tiende á modificar. Es necesario aprender á variar su estilo segun las circunstancias varíen, y, conservando siempre su carácter propio, acomodarlo á las aplicaciones.

Las cartas en que la imaginación domina son aquellas en que se refiere un viaje, en que se desenvuelven proyectos, temores ó esperanzas: en las descripciones puede reinar un vivo interés, y el estilo, así como el fondo, interesará la curiosidad, por su viveza y su color.

La sensibilidad, cuyo lenguaje es tan natural en la muger, resplandecerá en las cartas en que se reflejen el amor maternal, el respeto filial y todos los sentimientos honrosos, y en ellos una multitud de matices delicados patentizarán la profundidad de las impresiones; y el estilo, en su abandono lleno de calor, irá del alma de la que escribe al alma de la persona á quien comunica sus sentimientos.

Las cartas que se distinguen por la agudeza son relativas ordinariamente á circunstancias poco importantes; pero la forma picante disimula la mediocridad del fondo: no hablamos de esos miserables juegos de palabras rebuscadas, que son frios y nos dejan inmóviles, sino de las espirituales agudezas y humoradas que el buen gusto no condena.

La correspondencia mas severa que revela, sobre todo juicio, es de una variedad muy notable; comprende tanto el género familiar como el sério, inspira cartas en que puede reinar un grande interés moral, otras en que dominarán los recuerdos históricos, otras en que el lenguaje de los negocios servirá de intérprete á la razón; tal es la correspondencia en que hay que dar buenos consejos á una jóven amiga, ó emitir juicios comedidos sobre las personas ó las cosas.

En fin, una jóven no debe perder ocasion de sostener una juiciosa y racional correspondencia que desarrollará sus ideas, al mismo tiempo que la acostumbra á razonar sin pedantería.

T.

COMUNION FRECUENTE.

En un precioso libro, escrito por uno de los príncipes de la Iglesia, acerca del Sacramento de la Comunión, combatiendo el vano temor que algunos sienten de desagradar á sus familias si comulgan muy frecuentemente, leemos el siguiente interesante párrafo, que hemos traducido para nuestras lectoras, en la seguridad de que lo verán tambien con gusto.

«La santa Comunión es el manantial de toda gracia, de toda dulzura y de toda bondad; y así, si comulgáis frecuentemente y bien, conseguireis pronto haceros mejores: vuestras mismas familias serán las primeras en observarlo, y como tambien serán las primeras á disfrutar de ese bien, no haya miedo de que os pongan obstáculos. Sed prudentes y firmes, y siempre hallareis medio de frecuentar los Sacramentos sin incomodar persona alguna.

»En fin, si á pesar de vuestras precauciones y cuidados, vuestras familias hallan todavía algo que reprehender en vuestras piadosas prácticas, seguid en paz y tranquilos vuestro camino, como si de ello no os apercibiérais: las preocupaciones caerán pronto sin duda, ó cuando nó, se acostumbrarán á veros comulgar, como se habitúa uno á tantas otras cosas que no le agradan. ¡Quién sabe si el Señor en premio de vuestra constancia os recompensará, atrayendo á su amor á aquellos mismos que ahora intentan alejaros de El!»

Esto precisamente acaba de ocurrir en casa de un rico negociante de París, que era profundamente indiferente en religion y opuesto á toda práctica piadosa. Habiendo quedado viudo algunos años há, colocó sus dos hijas en un excelente colegio, donde recibieron cristiana educación. Cuando la hija mayor contó diez y seis años de edad, llamóla el padre á su casa para que la gobernase; y aquella jóven, tan piadosa como constante, no interrumpió ninguna de sus costumbres cristianas; pero se vió obligada á reservarse cuidadosamente por no irritar á su padre. Este la sorprendió, sin embargo, una mañana al volver de misa con su doncella, antes del desayuno; y, sospechando algo, la preguntó si habia comulgado.—«Sí, padre mio, respondió la jóven sin vacilar, y he rogado mucho por vos.»—«¿Comulgas con frecuencia?» replicó el padre con aspereza.—«Sí, padre mio, tengo frecuentemente esa dicha celestial, y, por ella, las fuerzas necesarias para cumplir todos mis deberes, y particularmente los de una buena hija, siendo para vos lo que debo ser.» Calló el padre por algunos instantes, bajando su cabeza; al levantarla, sus ojos estaban inundados de lágrimas, y abrazando entonces á su hija, no menos conmovida que él, díjola á media voz: «¡Ángel mio, qué feliz soy en tener una hija como tú!» Desde aquel día se

ha obrado una metamorfosis en las ideas y en la conducta del negociante; y si aun falta algo para su completa conversion, todo hace creer que está á punto de serlo. ¡Cuántas familias se volverian á su Dios, si tuvieran en su seno un alma tan enérgica en la práctica del amor de Jesucristo y en la constancia de la Comunión frecuente.

C. A. DE L.

LA DORADA MIES.

Mis queridas hermanas, apenas la aurora blanquea la cima de las montañas, venid á saludar los divinos esplendores de aquel cuyo nombre se halla escrito en todas las cosas. Mirad: la naturaleza, dócil á la mano del labrador, está engalanada con las mas espléndidas bellezas; las flores ostentan sus mas bellos colores, los frutos nos brindan con sus dulzuras, y el trigo, este precioso alimento del hombre se extiende como una alfombra de oro en las llanuras, porque el Señor no olvida jamás á sus hijos y les envia en él un riquísimo alimento.

Las aves cantan en los bosques: con sus divinos acentos celebran la grandeza del Criador: imitémoslas desde la aurora, y que nuestra voz se eleve en coro por los aires hasta su trono sublime.

PLEGARIA.

¡Señor! cada criatura eleva su voz hácia vos para recordaros y pedir os con confianza: vuestra gracia se extienda hasta nosotros y nuestros corazones se inundarán de alegría. ¡Señor! ¡que estos dias felices, en que colmáis á vuestros hijos de celestiales beneficios, no desaparezcan nunca; sed siempre misericordioso con este pueblo infeliz; sostenedle en sus debilidades, á fin de que no se aparte del camino que lo conduce hácia vos, que es tan bello! ¡Que el cielo se mantenga en calma, para que vuestra grandeza lleve á nuestros corazones una esperanza mas dulce, mientras que se deja ver en el reinado en toda su belleza y magnificencia!

L.

CONTRA LA HIPOCRESÍA.

La hipocresía no es una pasión, sino la máscara de todas las pasiones; es una traición permanente que consiste no tanto en ocultar una persona sus vicios, como en hacer ostentación de las virtudes que no posee.

Ocultar sus propios defectos es bastante natural, y la franqueza no debe llegar hasta el punto de hacer de un

salon un confesonario; mas aun: el que oculta sus defectos, prueba que los conoce y que está muy cerca de corregirse; pero el que hace alarde de virtudes que no tiene, es un farsante que procura engañar.

No habéis demasiado de virtudes, para no hacer creer que careceis enteramente de ellas: nadie habla con mas entusiasmo de un tesoro, que el que no tiene un real.

Se conoce al hipócrita por su aire modesto, con el cual fingirá, si le es necesario, hasta la humildad, para enmascarar el egoísta orgullo que le devora: sus palabras son tan dulces y melosas como pérfidas.

Huid de la hipocresía, horrible vicio que tiene el cuidado de cubrirse con el hermoso manto de la religión, y que bajo el disfraz de una fingida santidad, oculta un corazón perverso; la ternura de la hipocresía tiene el cielo en los ojos y el infierno en el corazón; pero en vano afecta un bello exterior, porque tarde ó temprano acaba por ser descubierto, y se hace víctima de sus propias falacias y fraudes; y aunque se libre de la pena, sufre los remordimientos.

El hipócrita es un ser tanto mas peligroso, cuanto que se ingiere en todas partes y bajo todos los disfraces; su papel es el mas infame que se puede desempeñar en el mundo; nadie mas severo en principios de probidad que el que quiere parecer honrado sin serlo.

Huid de los hipócritas, si no queréis ser víctimas de ellos: los hay de todos géneros; pero los mas culpables son aquellos que en sus tramas criminales mezclan las cosas sagradas.

Se puede creer en el arrepentimiento de un asesino, pero nunca en el de un hipócrita; si llegais á serlo por vuestra propia voluntad, no sereis perdonados por Dios, pues he aquí lo que dice la Sagrada Escritura:

«Impostores llenos de hipocresía, que tendrán la conciencia cauterizada;

Serpientes, raza de bivoras, ¿cómo evitaríais la hoguera del juicio?

El camino del hipócrita se halla erizado de espinas; el del justo está del todo llano;

Hay una destreza que emplea medios seguros, pero reprobados por la justicia;

Como la de humillarse expresamente teniendo un corazón lleno de astucia;

Ostentando la mas humilde sumisión ó bajando modestamente la cabeza, fingiendo no aperebirse de lo que se quiere ocultar;

Si el hipócrita no hace mal, es solo por impotencia; pero cuando se presenta la ocasión, no la deja escapar.

Huid de los que manifiestan una piedad aparente, pero que han renunciado á la verdad y al espíritu.

¿Cuál puede ser la esperanza del hipócrita, si en su

sórdida avaricia arrebató el bien de los demás, por lo cual Dios no salvará su alma?

¿Escuchará Dios sus quejas cuando la desgracia caiga sobre él?

¿Podrá hallar su alegría en el Señor? ¿Tendrá derecho para invocarle en todo tiempo?

... Todo hipócrita será desterrado de su presencia.

El hipócrita engaña á sus amigos con sus palabras, y el justo los salva por su sabiduría.

Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

Porque nada hay tan oculto que no deba descubrirse un día; no hay ningún misterio que al cabo no llegue á saberse.

Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas que limpiáis los bordes de las copas y platos, mientras que por dentro estais llenos de inmundicia é impureza.

Fariseo ciego, limpia primeramente la copa y el plato por dentro para que el exterior lo esté despues.

Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os pareceis á los blancos sepulcros cuyo exterior está sobrecargado de ricos adornos, pero en los cuales no se encuentran sino huesos y podredumbre.

De ese modo pareceis justos á los ojos de los hombres, mientras teneis el corazon lleno de hipocresía é iniquidad.

Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagais el diezmo, pero que descuidais los mas importantes mandamientos, aquellos que conciernen á la justicia, la misericordia y la buena fé.

El hipócrita se parece á una planta cuya frescura alimenta la noche, y que abre sus botones á los primeros rayos del sol;

Multiplicanse sus raices entre un monton de piedras, y se sostiene en medio de los guijarros;

Pero en cuanto la arrancan, el mismo sitio en que se hallaba la renuncia y parece decirle: no te conozco.

He aquí á lo que se reduce la prosperidad de la hipocresía.»

T.

LA INDOLENCIA CORREGIDA.

(Continuacion.)

Doralice tuvo cuidado de satisfacer á todos sus acreedores, para lo cual no fué suficiente la fortuna entera de Mondor.

Poseia unas tierras que producian tres mil duros de renta, á que no tenian los acreedores derecho alguno;

pero á fin de completar la suma necesaria para pagar las deudas de su marido, dejó por seis años los productos de estas tierras, únicos bienes que le quedaron.

Hechos estos arreglos, solo le quedó á Doralice para vivir seis años, sus alhajas y alguna plata, que las vendió por cuatro mil duros. «Es necesario, dijo á su hija, que nos vayamos á un pais donde sea posible vivir seis años con la suma que nos queda, y es mi intencion establecerme en Suiza, hasta que recupere las tierras cuyas rentas he cedido.—¡Oh madre mia! exclamó dolorosamente Julia. ¡Solo os quedan cuatro mil duros! ¡Con qué remordimientos me acuerdo de todo lo que os he costado!—No pienses mas en eso, dijo Doralice abrazándola; si yo hubiese previsto las desgracias que la suerte nos reservaba, nunca hubieras tenido conocimiento de aquel diario; lo he quemado, y todo cuanto contenia se ha borrado de mi memoria para siempre.—¡Ah! repuso Julia cayendo á los piés de su madre; es muy grande mi arrepentimiento, para que yo pueda olvidar aquellas faltas que con tanta generosidad me perdonais. Ahora, solo el deseo y la esperanza de repararlas, y de contribuir á vuestra felicidad, pueden hacerme amable la existencia... ¡Ay mamá, bien sé que una hija digna de vos podria consolaros en vuestras desgracias! pues bien, me corregiré, adquiriré las virtudes que me faltan; necesitais una amiga; yo lo seré, y para obtener tan caro título, nada habrá que yo no procure con afán.»

¿Cómo espresar la emocion de Doralice, contemplando extasiada á Julia á sus piés, bañada en lágrimas? La levantó, y estrechándola contra su pecho, dijo: «Me haces experimentar en este instante toda la alegría que puede sentir el corazon de una madre: vaya, no lamentes mas mi suerte.»

Al pronunciar estas palabras, Doralice no pudo contener sus lágrimas, las mas dulces que hubo nunca derramado. En la noche que siguió á esta conversacion, Julia se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y al dia siguiente tuvo fiebre. Doralice envió á buscar un médico, quien, despues de haber examinado muy atentamente á la enferma, declaró que tenia todos los síntomas que preceden á las viruelas: no se engañó, pues la enfermedad se presentó de la manera mas alarmante: el médico no ocultó á Doralice que las viruelas eran confluentes y de la mas mala especie. A pesar de los consejos del médico, Doralice no se separó de la cabecera de Julia, que privada por el mas espantoso delirio, recibia los cuidados de su madre sin reconocerla; y sin embargo de estar en sus brazos, exclamaba con dolor: «¡Mi madre me abandonó!.. ¡Bien lo he merecido!.. ¡No la hice feliz!... ¡Muero sin recibir su bendicion!.. ¡Oh Dios mio, perdónadme!..»

Estos tristes lamentos, entrecortados por suspiros y sollozos, traspasaban el alma de Doralice; en vano res-

pondía á su hija, en vano la bañaba de lágrimas; Julia no la oía. La enfermedad hizo rápidos progresos, y su intensidad se manifestó, sobre todo en la cara de Julia, pues cubriendo sus ojos de una costra espesa, la privó totalmente de la luz. Este nuevo accidente, bastante común en las viruelas, no produjo inquietud desde luego; mas pronto se alarmó vivamente el médico, y no disimuló á Doralice el temor de que Julia perdiese la vista.

De esta manera, en algunas semanas, habia perdido Julia su fortuna y su belleza, y se veía amenazada de perder la vista. ¡Tan cierto es que todos los bienes de la vida pueden sernos arrebatados en un dial! Toda nuestra fuerza está en nosotros mismos, en nuestros talentos, en nuestras virtudes, y lo demás pende de un hilo.

Doralice permaneció tres días y tres noches al lado de su hija, y no habia querido confiar á nadie los incensantes cuidados que reclamaba su desesperada situación. En el cuarto día encontró el médico un alivio notable en el estado de la enferma, y manifestó que estaba fuera de peligro. En efecto, Julia no tardó en volver á abrir los ojos, y reconociendo el semblante querido de la mas tierna de las madres, exclamó: «¡Gracias á Dios, madre mia, os vuelvo á ver!»

Sus sollozos le cortaron la palabra, y apoyándose en el seno de Doralice, no pudo desde luego expresar los transportes apasionados de su reconocimiento, sino con lágrimas..... El médico le confirmó la creencia que ya tenia ella, de que solo debia á Doralice los auxilios que habia recibido. «¡Oh madre mia! dijo Julia, ¡cuán amable me es la vida!.. ¡Qué doloroso me sería perderla antes de haberos mostrado mi amor y mi gratitud!.. No podré vivir sin haceros feliz, porque no puedo serlo sino por vos...

Habló Julia con tanto fuego, que el médico, temiendo el efecto de tan violenta emoción, interrumpió una conversacion que hubiera podido redoblar la fiebre.

Desde aquel día no inspiró ya inquietud Julia; pero el médico anunció que la enfermedad dejaria huellas desagradables. En efecto, Julia perdió su belleza, pues aunque no estaba excesivamente señalada por las viruelas, se quedó casi desconocida; sus hermosos ojos estaban caídos, y ya no tenia aquella frescura que la hacia tan notable. Sabiendo cuánto habia cambiado, Julia no experimentaba deseo de mirarse en un espejo; pero la primera vez que se levantó no pudo evitar el verse, porque su madre, conduciéndola del brazo hácia una silla, la pasó por delante de un espejo; y al fijar los ojos en él, Julia no pudo menos de estremecerse. «¡Esa, dijo, aquella cara que admiraba tanto há tres semanas!—¡Cuáles serian tus lamentos, replicó Doralice, si hubieses tenido la locura de dar un gran valor á esa hermosura pasajera que en un instante se puede extin-

guir, y que se debe esperar perderla en el corto espacio de algunos años!»

Quizá creais, hijas mias, que Doralice exageraba un poco, para consolar á Julia, y que es posible, al perder la juventud, conservar la hermosura... Pero nó. La hermosura no puede existir sin la juventud; y cuando se dice de una mujer de treinta y seis años, que es bonita, solo se quiere decir que ha debido serlo. No hay verdadera hermosura sin ese brillo de la tez, sin ese aire de frescura y salud que una muger pierde infaliblemente luego que ha entrado en la madurez de la vida, y que no podria conservar sino á costa de los mas excesivos cuidados, y sacrificando deberes muy importantes. Juzgad, pues, queridas mias, de lo que puede valer una hermosura efímera, admirada por los unos y discutida por los otros; que la menor enfermedad puede marchitar, y que en las circunstancias mas favorables, apenas dura algunos años. Por mi parte, puedo decir que nunca he visto muger que á los treinta años fuese tan bonita como á los diez y ocho, y verdaderamente hermosa sin el auxilio del arte, es decir, sin compostura ó sin ilusion de luces. Lo que se llama alguna vez belleza en la madurez de la vida ó en la vejez, no es otra cosa que el reflejo de las bellas cualidades del alma, que ilumina de cierto modo á una fisonomía. La tez mas brillante, las facciones mas regulares, no valen tanto, ni aun para recrear los ojos, como el aire de paz, serenidad y dulzura que solo puede dar la virtud. Nó, nó: Doralice no exageraba, y tenia mucha razon en decir que era necesario ser insensata para dar gran valor á una ventaja tan frívola y de la cual se goza tan poco tiempo.

A la vez que Doralice enseñaba á su hija á soportar con resignacion la pérdida de su belleza, le mostraba cómo podia hacerse estimable por su dulzura y por sus talentos, y cautivar las atenciones que la hermosura tal vez atrae, pero que no puede conservar.

Julia, ilustrada por la desgracia y penetrada de reconocimiento, supo vencer todos sus defectos, y llegó á ser tan razonable, tan activa, tan digna de ser amada, como indolente, perezosa, inconstante y ligera habia sido hasta entonces.

Luego que se restableció completamente la salud de Julia, partió su madre con ella para la Suiza. Ambas viajeras se trasladaron, primero á Lion, y tomaron en seguida la ruta de Ginebra; pasaron por junto al fuerte de la Exclusa (entre Chatillon y Coulonges), notable por su situacion pintoresca; se detuvieron en Belgarda para visitar lo que los naturales del pais llaman la *pérdida del Ródano*. Nada mas curioso en efecto, que ver al Ródano perderse bajo enormes rocas en vastas simas, y reaparecer luego precipitándose en cascadas sobre otras rocas. Una vez visto aquel sitio rodeado de montañas, precipi-

cios profundos y rocas cubiertas de musgo, no agradan nunca esos frios jardines á la inglesa, en que se han querido imitar semejantes efectos. Despues de haber pasado algunos dias en Ginebra, Doralice recorrió las deliciosas orillas del lago, buscando una casa donde poder establecerse, y tomó por último la resolucion de fijar su residencia en Morges, linda villa entre Ginebra y Lausana, á la orilla del lago, y en una situacion admirable.

Doralice tomó una casita en aquella agradable morada; las ventanas de la sala principal daban por un lado á campiñas fértiles y risueñas, y por el otro dejaban ver el lago de Ginebra; y mas allá las inmensas montañas cargadas de hielo que la limitan. Es difícil formar idea de aquellas montañas, que ofrecen mil aspectos diferentes en un mismo dia, por efecto de los diversos accidentes de luz que en ellas se suceden. Durante la aurora, sus cimas y rocas son de color de rosa, y los hielos que las cubren parecen nubes transparentes. Cuando el sol está mas vivo, las montañas toman colores mas fuertes, que sucesivamente son gris, violeta y azul. Al ponerse el sol se doran; parecen enormes masas de topacios, y el brillante resplandor de sus colores deslumbra los ojos. El lago de Ginebra presenta variedades no menos picantes: cuando está tranquilo, su onda límpida y pura refleja el color de los cielos; pero luego que se agita, se asemeja al mar, reproduciendo con magestad el imponente ruido de ella. Alternativamente tumultuoso y apacible, admira y encanta, presentando á los ojos espectáculos siempre nuevos.

Julia no se cansaba de aquella vista embelesadora. «¡Qué insípido me parecería ahora, decia, todo lo que antes he admirado! ¡Con cuánta indiferencia volveria yo á ver las cercanías de París, aquellas monótonas llanuras, y aquellos jardines tan encomiados! Héme aquí reñida para siempre con las rias, las rocas y las montañas artificiales. —Si hubieras viajado por Italia, añadió Doralice, tampoco te agradarian las *ruinas artificiales*. —Me parece que los poetas y los pintores no deberian describir las bellezas de la naturaleza, ni hacer paisajes, sin haber visitado la Italia y la Suiza. —Soy del mismo parecer. Luis Bakhuisen, famoso pintor holandés, se exponia en la mar cuando estaba agitada por violentas tempestades, para observar mejor el movimiento de las olas, el choque y los trozos de los buques estrellados contra los escollos, y los esfuerzos de los marineros aterrorizados. Rugendas, pintor de batallas, asistió al bombardeo, toma y saqueo de Augsbourg; muchas veces arrojó grandes peligros, á fin de considerar los efectos de las balas y las bombas, y todos los horrores de un asalto. Se le vió en medio de escenas sangrientas, ejecutar dibujos con tanto cuidado como si los hubiera hecho en su estudio. Vander-Meulen siguió á Luis XIV en todas sus conquistas, dibujando las ciudades fortificadas y sus cercanías, los campamentos y las escaramuzas, para componer los cuadros que

reproducian con tanta verdad los altos hechos de este príncipe. ¡Qué valor no inspira el noble deseo de distinguirse! pero el que á la verdadera gloria prefiere un efecto momentáneo, no necesita tener instruccion ni grandes talentos. Se está en su casa, intriga, se forma un partido, pinta ó escribe sin calor y sin verdad, y por consecuencia sin ingenio; pero se vé elogiado algunos dias. Por lo demás, hay muchas personas que se hacen justicia no llevando mas lejos su ambicion.»

(Se concluirá.)

LAS DIFERENTES ESPECIES DE VISITAS.

Pueden reducirse á las siguientes:

De *negocios*: las que se hacen con el exclusivo objeto de tratar de ellos, sin que sea necesario que medie amistad entre la persona que visita y la visitada.

De *presentacion*: las que hacemos con el objeto de ser introducidos al conocimiento y amistad de otras personas.

De *ceremonia*: los actos de rigurosa etiqueta, que tienen por objeto cumplimentar á personas de carácter público en muchos y variados casos.

De *ofrecimiento*: las que hace una persona á sus amigos para participarles que ha tomado estado, que le ha nacido un hijo, ó que ha mudado de domicilio; y todas aquellas que efectúa para ofrecer sus servicios á una persona ó familia.

De *felicitacion*: las que hacemos á nuestros amigos en señal de congratulacion en sus dias ó cumpleaños; cuando nos participan haber contraído matrimonio, ó el natalicio de un hijo; por su elevacion á empleos de honor y confianza; por su feliz regreso de un viaje; y en general, siempre que algun acontecimiento feliz les proporciona una extraordinaria complacencia.

De *sentimiento*: las que hacemos á nuestros amigos como una manifestacion de la parte que tomamos en sus sufrimientos, ya sea por enfermedades, ya por acontecimientos desagradables ocurridos entre ellos ó entre sus parientes mas cercanos, ya por la inminencia de algun mal, ya, en fin, por cualquier accidente que no sea la muerte, y que los tenga bajo la impresion del dolor.

De *duelo*: las que hacemos á nuestros parientes y amigos de confianza en señal de que nos identificamos con ellos en su dolor, en los dos primeros dias despues que han experimentado ó llegado á saber la pérdida de un miembro de su familia, en cualquiera de los dias en que el difunto aun no ha sido inhumado, en el mismo dia en que se ha efectuado la inhumacion, en aquel en que se celebran las exéquias ó en el aniversario de la defuncion acaecida si la conmemoran con alguna funcion religiosa.

De *pésame*: las que hacemos á nuestros amigos pasado el día de la inhumacion del cadáver ó pasados dos días de aquel en que el acontecimiento ha llegado á su noticia, para manifestarles de este modo que los acompañamos en su afliccion.

De *despedida*: las que hacemos á nuestros amigos con el fin de pedirles sus órdenes cuando vamos á ausentarnos.

De *agradecimiento*: las que hacemos á aquellas personas de quienes hemos recibido servicios de alguna importancia, con el fin de manifestarles nuestro agradecimiento.

De *amistad*: todas las que hacemos sin ningun motivo especial á las personas con quienes estamos relacionados, y solo por el placer de verlas y disfrutar de su compañía.

RECETAS PARA HACER TINTAS.

Negra inalterable. En una olla ó puchero grande, se echarán diez y seis cuartillos de agua limpia; á este liquido se añadirán dos libras de agallas quebrantadas y doce onzas de goma en polvo; y despues de bien agitados estos ingredientes, se pondrá la olla al fuego, donde debe permanecer por espacio de treinta horas; despues de retirada se volverá á agitar con un palo verde de higuera, y se añadirán doce onzas de caparrosa verde. La tinta que resulta es de un negro hermoso é inalterable, y se podrá usar colada para que no forme poso.

Encarnada. Se echan dos cuartillos de agua en un puchero de buen barro, se añaden cuatro onzas de palo del Brasil, y se pone á un fuego lento por espacio de media hora; luego que haya empezado á hervir, se añade un poco de alumbre, goma arábica en polvo y azúcar piedra, y en cuanto ha dado un par de hervores mas, se retira de la lumbre. Despues de frio este cocimiento, se cuele por un tamiz fino, y la tinta queda ya en disposicion de usarla.

Azul. En una botella que no sea muy endeble, se echan dos onzas de azul de Prusia bien pulverizado y pasado por tamiz, y luego se añaden otras dos onzas de espiritu de sal; por espacio de veinte y cuatro horas se deja reposar esta mezcla, y despues se añade un cuartillo de agua limpia, en la cual de antemano se hayan disuelto dos onzas de goma arábica; se agita bastante el liquido, y se tapa perfectamente la botella. Cuando haya de usarse esta tinta, debe agitarse.

Verde. En media azumbre de agua clara, se echan dos onzas de cardenillo en polvo, y se pone á la lumbre hasta que cueza; luego se añade una onza de cremor tártaro, meneándolo todo con un palo; se deja cocer por espacio de un cuarto de hora, y se cuele el liquido re-

sultante por un lienzo; despues de colado se pone á hervir de nuevo hasta que disminuya la tercera parte, en cuyo caso está ya hecha la tinta: la vasija que se emplee para hacerla, debe ser de barro vidriado.

Violeta. En dos cuartillos de vino tinto se ponen á hervir dos onzas de palo campeche, hasta que merme la mitad; se añade media onza de alumbre y un poco de goma arábica en polvo; se cuele en seguida, y la tinta queda hecha.

Carmin. En tres onzas de agua destilada de rosas, se disuelve media onza de goma arábica; se añade despues la suficiente cantidad de carmin, segun se quiera que sea mas ó menos fina, se pone al fuego hasta que hierva, se cuele, y en seguida se puede usar, sin algodones, por supuesto.

TAPICERÍA.

En las labores de tapicería se emplea la lana de Saxonía ó de Berlín, la seda de la China, la seda floja y la seda de Alger, que es un término medio entre la lana y la seda: es necesario servirse de agujas gruesas, de cabeza prolongada y punta roma.

Hay cuatro especies de puntos: el *punto de posta*, el *punto cuadrado*, el *punto pequeño* y el *punto de alfombra*. Pocas lecciones bastan para aprender á ejecutar bien estas diferentes especies de puntos. Para el punto cuadrado y el de alfombra se usa un cañamazo preparado especialmente para este género de trabajo, y se designa con el nombre de *cañamazo Penélope*. El cañamazo comun sirve para el punto pequeño y el punto de posta.

Las niñas pueden empezar á ejercitarse en las labores de tapicería sobre el cañamazo en que está hecho todo lo principal del dibujo, y no hay que hacer sino el fondo, que es ordinariamente de un solo color. Auméntase gradualmente la dificultad de este trabajo con los cañamazos que tienen hecha la muestra del dibujo que se trata de ejecutar, y en ellos se copia la muestra tantas veces como es necesario para terminar la labor. En fin, hay cañamazo que tiene trazado el dibujo en colores, de manera que los matices que se han de reproducir con la lana ó la seda, están suficientemente indicados; y otro cañamazo en que el dibujo está simplemente trazado en negro; en este último caso la que hace la labor dispone los matices á su gusto.

Las principales labores de tapicería son las telas de sillones, sillas, taburetes, almohadones, etc.; y las alfombras pequeñas, los guarda-fuegos ó pantallas de chimenea, las zapatillas, etc. A veces para los muebles se hacen tiras de tapicería, que se unen á otras de terciopelo. No se debe descuidar en las labores de tapicería el

fixar sólidamente por debajo del cañamazo la lana ó la seda, pasándole muchos puntos; y no se deberán cortar los cabos, si no son muy largos.

Concluida que sea una pieza de tapicería, conviene extenderla, con el revés hacia arriba, sobre un tablero, manteniéndola fija y suficientemente extendida por medio de tachuelas clavadas de distancia en distancia en las

orillas. Entonces se moja con una esponja ligeramente empapada de agua pura; y luego que está bien seca, se emplea en el uso á que se ha destinado. Es un mal procedimiento el encolar la tapicería, como se suele hacer, porque se la expone á ser mas tarde atacada por los insectos.

B.



PETACA.

El dibujo representa el objeto en su verdadero tamaño, y no hay mas que seguirlo exactamente para ejecutar un trabajo que es tan agradable como fácil.

El fondo es de piel muy fina, color natural ó gris. Se transporta sobre ella el dibujo, y se bordan los tallos, las hojas y los zarcillos con seda verde. Este trabajo se hace al pasado, por lo que es necesario que la piel se coloque en un bastidor. De la misma manera, y con la misma seda, se borda la pequeña rama de hojas de yedra que hay dentro del escudo en medio del dibujo.

Concluido este bordado, se empieza el de las flores y los botones, que son de seda gris subido; y despues se pasa al de los cuatro lazos adaptados al escudo y compuestos

cada uno de tres hojas. El punto en los lazos debe darse en una direccion horizontal, como lo indica el mismo dibujo, para que haga buen efecto. Se borda el contorno interior y exterior con cordon de oro fino; y se elige cordon del mismo metal, de un número mas, para formar el óvalo en que está encajado el escudo. En cada uno de los encajes de lazo á lazo y en el interior del óvalo se coloca una fila de perlas finas de acero, llevando en los primeros una gruesa entre dos finas.

Concluido el bordado, se dá á montar la petaca en su armadura de acero á un obrero especial.

C.

CUELLO.

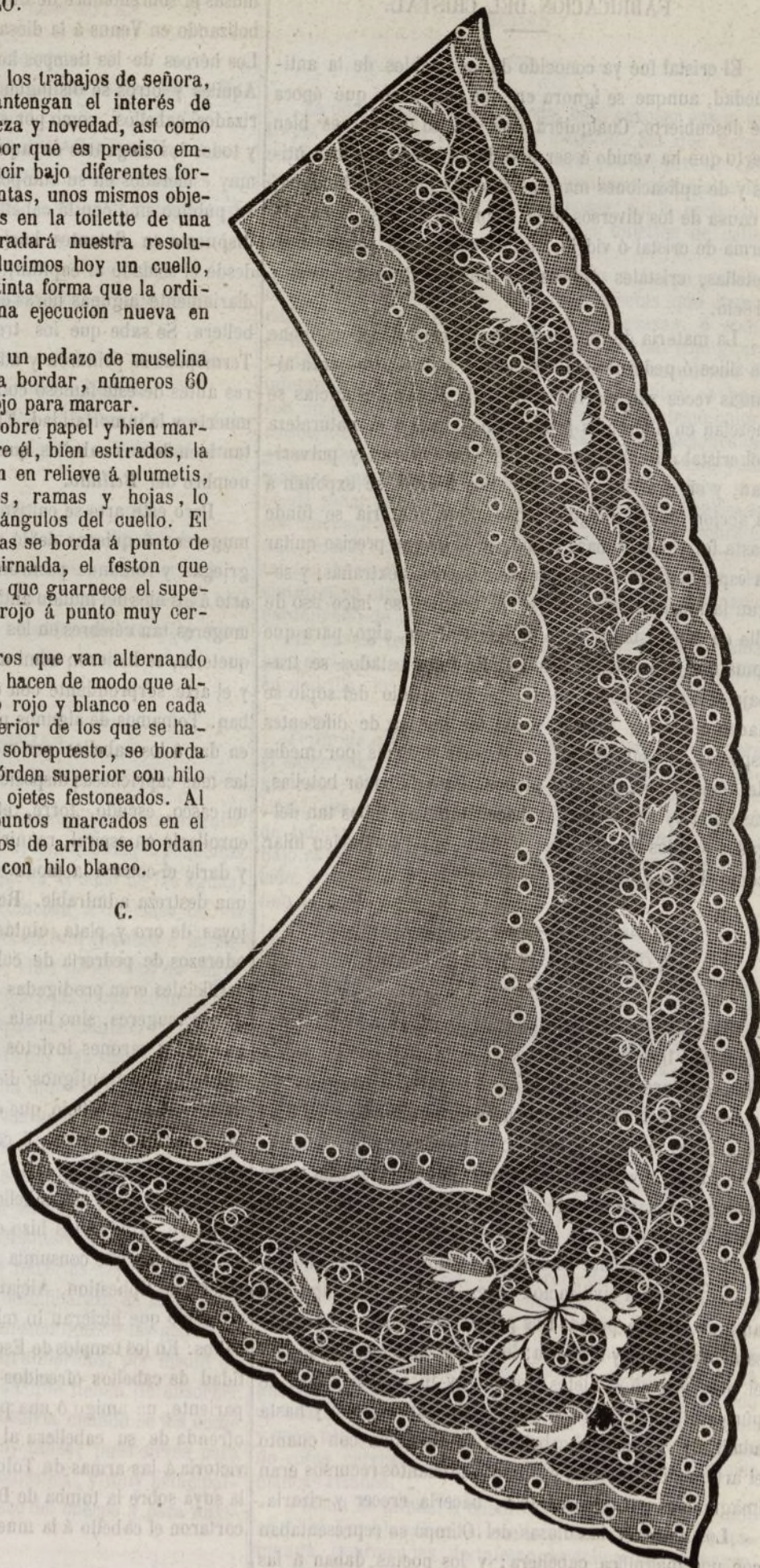
Nuestro propósito de que los trabajos de señora, ilustrados con dibujos, mantengan el interés de nuestras lectoras por su belleza y novedad, así como por la importancia de la labor que es preciso emplear, nos obliga á reproducir bajo diferentes formas, y para aplicaciones distintas, unos mismos objetos de entre los mas usuales en la toilette de una dama, suponiendo que le agradará nuestra resolución. Por esta causa reproducimos hoy un cuello, que, no solamente es de distinta forma que la ordinaria, sino que inaugura una ejecución nueva en bordados de esta naturaleza.

Para ejecutarlo, se toma un pedazo de muselina fina y otro de tul, hilo para bordar, números 60 y 100, y tambien hilo fino rojo para marcar.

Transportado el dibujo sobre papel y bien marcado con tinta, se fijan sobre él, bien estirados, la muselina y el tul. Se bordan en relieve á plumetis, con hilo núm. 100, los tallos, ramas y hojas, lo mismo que las rosas de los ángulos del cuello. El contorno sombreado de hojas se borda á punto de armas. Las bayas de la guirnalda, el feston que adorna el cuello inferior y el que guarnece el superior, se bordan con el hilo rojo á punto muy cerrado.

Los pequeños ojetes negros que van alternando con los festones de encaje, se hacen de modo que alternen en su ejecución el hilo rojo y blanco en cada orden, es decir, el orden inferior de los que se hallan en el bordado del cuello sobrepuesto, se borda en relieve con hilo rojo, y el orden superior con hilo blanco núm. 100, como los ojetes festoneados. Al contrario se hace en los puntos marcados en el bordado del cuello inferior; los de arriba se bordan con hilo rojo y los de abajo con hilo blanco.

C.



FABRICACION DEL CRISTAL.

El cristal fué ya conocido de los pueblos de la antigüedad, aunque se ignora en qué país y en qué época fué descubierto. Cualquiera que sea su origen, es bien cierto que ha venido á ser uno de los productos mas útiles y de aplicaciones mas vastas en la industria humana, á causa de los diversos usos á que se lo destina bajo la forma de cristal ó vidrio, en láminas, vasos para beber, botellas, cristales ópticos, y objetos de toda clase y precio.

La materia de que se fabrica el cristal, se compone de sílice ó pedernal blanco, sosa ó potasa; se junta algunas veces sal marina y de cal. Estas sustancias se mezclan en diferentes proporciones, segun la naturaleza del cristal que se quiera obtener; se trituran y pulverizan, y en grandes crisoles ó altos hornos se exponen á la accion de un fuego intenso. Esta materia se funde hasta formar una masa líquida, á la que es preciso quitar la espuma que forman algunas sustancias extrañas; y segun la fabricacion á que se la destina, se hace uso de ella en este estado, ó se la deja enfriar algo para que tome una consistencia pastosa. En estos estados se trabaja el cristal como se quiere. Por medio del soplo se hacen cilindros, globos y objetos huecos de diferentes especies: las láminas se transforman despues por medio del temple para cristales planos. Para fabricar botellas, vasos, etc., se moldea; se hacen tambien tubos tan delgados ó hilos tan flexibles y finos, que se pueden hilar como el lino y la seda.

E.

LOS CABELLOS Y EL PEINADO.

Los pueblos de la antigüedad, mas razonables que los modernos bajo ciertos puntos de vista, mal que les pese á los adoradores fanáticos de nuestra civilizacion, miraban la barba y los cabellos como un adorno natural de la fisonomía y el cráneo, y hasta como indispensables á la higiene de los diversos órganos de la cabeza; por esta razon cuidaban con esmero de su conservacion, y solo se cortaban la parte excesiva que les causaba incomodidad.

El arte de peinar se cultivaba entonces perfectamente, y quizá nuestra civilizacion tenga que envidiar algo á la antigua en este punto. Los persas se rizaban exuberantemente el pelo y la barba; los lidios entremezclaban con el pelo pequeños filetes dorados y lo ataban cintas de púrpura; los griegos y los romanos apreciaban y hasta admiraban una bella cabellera, adornándola con cuanto el arte podia inventar, y empleando cuantos recursos eran imaginables para conservarla, hacerla crecer y rizarla.

Los dioses y las diosas del Olimpo se representaban con una magnífica cabellera; y los poetas daban á las

musas el sobrenombre de diosas de bella cabellera, simbolizando en Venus á la diosa típica del cabello femenino. Los héroes de los tiempos homéricos, Teseo, Hércules, Aquiles y otros se distinguieron tanto por el lujo de sus rizados cabellos, como por su valor. Pericles, Alcibiades y todos los elegantes de aquellos remotos tiempos, eran muy esmerados en su compostura, y no se presentaban en público sino con la cabellera tendida sobre la espalda dispuesta en flotantes bucles. Los mismos guerreros, desde el soldado al capitán, no se desdénaban de emplear diariamente algunas horas en peinar y embellecer su cabellera. Se sabe que los trescientos esparciatas de las Termópilas se peinaron y adornaron sus cabellos con flores antes de este famoso combate en que debían hallar la muerte y la inmortalidad. El emperador Trajano cuidaba tan bien de sus cabellos, que debió á su longitud el sobrenombre del *Belludo*.

Pero este arte se cultivó mas especialmente entre las mugeres, á quienes debió sus inmensos progresos. Las griegas y romanas pasaron por las mas hábiles en este arte á los ojos del mundo antiguo. Cleopatra, Poppe y otras mugeres tan célebres en los anales de la belleza y la coquetería, se hicieron admirar por su magnífica cabellera y el arte sorprendente con que la componían y adornaban. Tomamos de algunos poetas latinos, que sobresalían en dar á los cabellos por medio de un cuidadoso peinado las mas caprichosas disposiciones, como la de un edificio, un casco, escudo, torre, etc., así como para trenzarlo, enrollarlo en espiral, reunirlo en bucles, ondas, lustrarlo y darle el color á la moda. En este adorno desplegaban una destreza admirable. Rehusaban en sus tocados las joyas de oro y plata, cintas de púrpura, filigrana y los aderezos de pedrería de colores. Las flores naturales y artificiales eran prodigadas á veces, no solo en el tocado de las mugeres, sino hasta para las indispensables coronas de los varones invictos en los banquetes. La importancia que los antiguos dieron á los cabellos se manifiesta en el sacrificio que de ella hacían en los días de luto y profundo dolor, ó como prueba de amor y adoración.

Orestes cortó sus cabellos y los ofreció á los manes de su padre. Aquiles los hizo cortar á todos los suyos y los ató á la leña que consumía el cadáver de Patroclo. A la muerte de Ephestion, Alejandro se hizo cortar el cabello y ordenó que hicieran lo mismo con las crines de los caballos. En los templos de Esculapio se veía una gran cantidad de cabellos ofrecidos para volver á la salud á un pariente, un amigo ó una persona querida. Berenice hizo ofrenda de su cabellera al dios Marte para asegurar la victoria á las armas de Tolomeo Evergetes. Ana depositó la suya sobre la tumba de Dido. Los soldados de Atila se cortaron el cabello á la muerte de este príncipe.

T. DE E.

CALENDARIO DE LAS JOYAS.

He aquí cómo dividen el año los naturales de Polonia:

Piedra de enero,—el granate.—Constancia.

Piedra de febrero,—la amatista.—Sinceridad.

Piedra de marzo,—el rubí,—Valor y presencia de espíritu.

Piedra de abril,—el diamante.—Inocencia.

Piedra de mayo,—la esmeralda.—Buen éxito en amor.

Piedra de junio,—la ágata.—Salud y larga vida.

Piedra de julio,—la cornalina.—Alegria.

Piedra de agosto,—el záfiro.—Nobleza de corazón.

Piedra de setiembre,—el crisólito.—Felicidad conyugal.

Piedra de octubre,—el ópalo.—Esperanza.

Piedra de noviembre,—el topacio.—Fidelidad.

Piedra de diciembre,—la turquesa.—Prosperidad.

Si esto fuera exacto, elegiríamos los amigos que hubieran nacido en febrero, la amante en enero, y para esposa una niña septembrina.

LAS ESPONJAS.

Las esponjas y el coral son producciones tan singulares, como general y útil su uso; son debidas á pequeños y numerosos animales que viven en el seno de las aguas, y que en historia natural pertenecen á la clase de los zoófitos ó animales plantas. Deben este nombre á la semejanza que la mayor parte de ellos tienen con un vegetal; pues están generalmente fijos á las rocas submarinas, donde viven del mismo modo que las plantas.

Las esponjas están formadas por una sustancia blanda y porosa, es decir, llenas de una multitud de agujeros que encierran los animales unidos los unos á los otros por los tabiques de su habitacion, presentando el todo una masa gelatinosa en que es imposible reconocer una organizacion aparente. Las esponjas se encuentran mas comunmente esparcidas por el mar Mediterráneo, el mar Rojo y el Archipiélago. Despues de haberlas separado de las rocas á que están fijas, se las desembara de la materia gelatinosa que las recubre, lo mismo que de las pequeñas piedras y caracoles que le están adheridos, por medio de muchas lavaduras. La propiedad que tienen de absorber el agua sin alterarla, y de restituirla cuando se las comprime en la mano, las hace muy útiles; pues sirven para muchos usos en la economía doméstica, y muy principalmente para emplearlas en el aseo del cuerpo y para auxiliar de la *toilette*.

L.

MODAS.

Es de necesidad que la moda dé á conocer entre los trajes favoritos de la presente estacion, los que deben servir á la *toilette* de mañana, para que las jóvenes elegantes puedan lucir en sus excursiones materiales las galas mas encantadoras y caprichosas, sin la esclavitud que las impone el gran tono con las *toilettes* de calle, visita ó paseo.

Predomina en la *toilette* de mañana el cuerpo marino, es decir, cuerpo como el de las camisetas que hemos dado ya á conocer para vestir bajo las zuavas, ó como llevan actualmente los niños. Son de merino rojo guarnecido á pespuntos de hilo blanco, ó con un adorno de tafetan ó terciopelo negro á la orilla; tambien se hace con un cordon negro ó un sobrepuesto del mismo color, cosido á una pequeña distancia. Estas guarniciones se ponen alrededor de la orilla de adelante, el cuello y las mangas, que llevan un puño bastante ancho para que pueda pasar la mano. La falda es de fantasía, agrisada con ancha franja de merino rojo en el bajo; y sobre el alto de esta franja lleva un encuadrillado de terciopelo, tafetan ó cordon, segun la guarnicion del cuerpo. El cinturon vá atado al lado con grandes lazos, y es rojo cordoneado de negro.

El mismo traje puede ser de merino azul con falda gris perla claro, y guarnecido de terciopelo negro para encuadrillar los adornos azules.

Traje de calle. Sombrero de paja guarnecido sobre el casco con rosas de tafetan negro sobre encaje del mismo color, del cual parte atravesando hácia adelante una cinta, que viene á unirse á los cabos bajo el ala; bavolet de tafetan guarnecido de una pequeña blonda blanca. Bajo el ala, un rizado de cinta negra y de encaje á cada lado, con dos ramos de violetas de Parma, que pasan de uno á otro.

Vestido de gros, guarnecido de tafetan mas claro y pasamanería negra. El cuerpo es abierto por delante, cubriendo el pecho una tira blanca cogida con la pasamanería negra á uno y otro lado; tres tiras lisas horizontales cierran y guarnecen el delanterero. La manga es ancha en el bajo, llevando sobre la costura, en la parte inferior que forma la bocamanga en llano, y en la superior, dos sobrepuestos guarnecidos de pasamanería, parecidos á la pata de un caballo; quedando entre ambas partes y sobre la sangría una parte hueca formando un bullon fruncido. La falda está adornada con tres órdenes de piezas rectangulares de veinte centímetros de largo y siete de ancho, encuadrillados de pasamanería colocadas al biés con regularidad.

Traje para señorita. Sombrero de paja belga á lo *Buridan*, adornado de rosas, cabezas de pluma rizada, terciopelo y tafetan negro. El ala de este pequeño sombrero es levantada en el frente y caída por detrás con todo el borde un poco vuelto. Todo el borde del ala vá guarnecido de un terciopelo negro. El casco es redondo de una banda de tafetan negro, cuyos cabos se cruzan y caen hácia atrás. Sobre el frente del ala lleva un grupo de rosas cerradas en un grupo de pequeñas plumas blancas rizadas.

Paletot de tafetan á cuadros pequeños, semi-ajustado al talle. Los blandises, el cuello y las vueltas de la bocamanga, guarnecidas de tafetan de aplicacion en negro.

Vestido de tafetan parecido, adornado con una tira

de tafetan en el bajo, del ancho de quince centímetros; un enlace de aplicación en negro corre toda la tira de tafetan azul, que alcanza en parte á la falda.

Traje de campo. Sombrero de campana, de paja belga, guarnecido con un lazo de terciopelo negro, de donde parten dos cintas de color rosa, que rodean la cabeza del sombrero, se cruzan atrás y caen flotante; una hermosa pluma blanca lisa, tendida sobre el ala, cae hacia atrás.

Vestido de tafetan rosa debajo, recubierto con falda de muselina blanca bordada á puntos. Cuerpo abotonado por delante y formando dos vueltas á blandises guarnecidas con un pequeño encaje negro. El cinturón de tafetan rosa, bordado con un pequeño encaje negro, cruza adelante por una gran hebilla. Manga lisa en lo alto, guarnecida de una tira de tafetan rosa, guarnecida con un pequeño encaje negro, que cruza bajo un botón; forma después un gran bullón de tafetan rosa cubierto de muselina igual á la del vestido, cogido por mas abajo con otra tira cruzada, cuyos cabos caen sobre un bullón de tul blanco muy transparente, sostenido por un puño de entredós de encaje, guarnecido por otro pequeño encaje negro.

La falda está adornada en el bajo por tres órdenes de entredós, cogidos entre pequeños encajes negros.

Traje de paseo. Sombrero de encaje blanco, adornado encima y debajo del ala por amapolas, color de malva subido; cintas de gros blanco.

Vestido de gros malva, caído, adornado en el bajo por dos órdenes de rizados, boca de lobo, color de malva subido, y ondulados.

Manteleta-chal de encaje negro, guarnecida de rizados de tafetan negro con cogidos de cinta malva subido de trecho en trecho, y volantes de encaje negro.

Una creación de alta novedad se ha introducido en los elegantes trajes de paseo, que no dejará de tener aceptación entre nuestras damas de buen tono. Consiste en llevar sobre vestido de glasé de color una gran manteleta de muselina de muy delicada confección, que llega hasta los dos tercios de la falda, y en la que predominan hechuras á cual mas primorosas. Consiste la primera en una gran manteleta con mangas, cerrada por delante, forma de pañuelo en punta por detrás, con un ancho jareton, sobre el que lleva un viso de cinta de raso morado; otro gran jareton, como á una cuarta del primero, figura otra punta sobrepuesta en el centro de la manteleta, llevando el mismo viso. La bocamanga y el pecho llevan el mismo jareton.

Es la segunda, manteleta de igual forma, aunque mas ancha y elegante, con los mismos jaretos, pero sin viso, que ofrece á nuestras señoritas una ocasión de lucir los primores de sus conocimientos en un delicado bordado; porque sobre cada jareton lleva un delicado y bien entendido dibujo, compuesto de un ramo, cuyo tronco ondulado ostenta ramos, hojas, flores y botones de un ancho proporcionado, bordado cerrado, todo á plumetis.

MODAS INFANTILES.

Interesantes son todas las caprichosas y elegantes combinaciones de la moda en una estación en que el

buen gusto y la fecunda imaginación de la mujer tienen tantos estímulos para dar á sus creaciones todos los encantos con que puede favorecerlas la fortuna, para que sean dignos atavíos de la elegancia y la riqueza. Pero las que son mas interesantes aun y vienen á preocupar ciegamente á las madres de familia, son los lindos trajes que están destinados á realzar la inocencia y la belleza de sus pequeñas hijas. Así, pues, creemos que nuestras amables lectoras nos agradecerán muy mucho que en el presente número nos ocupemos con alguna extensión de las modas infantiles, dándolas á conocer en tipos de diferentes edades donde compitan el buen gusto, la gracia y la delicadeza con la sencillez.

Es el primero un traje propio para niña de diez años, compuesto de vestido de muselina de seda, fondo blanco sembrado de pequeñas estrellas, falda guarnecida en el bajo con cinco volantes ribeteados de tafetan morado; cuerpo liso escotado; cinturón ancho de cinta morada con cabos largos y punta con fleco, sobre el que vá un enrejado cordoneado; pelegrina redonda de muselina bordada, guarnecida de un pequeño volante; manga de campana con manguitas de muselina blanca á gran bullón. Sombrero de forma de campana también, de paja blanca, con un lindo golpe de flores color rosa encendido, y blancas sobre ramo verde y espigas.

Para niña de ocho años, vestido de granadina á pequeños cuadros rosa chiné y blanco; falda guarnecida con tiras de tafetan liso, rosa subido, de diez centímetros de ancho, con pequeños terciopelos negros; que á cada lado llevan un encaje negro ligeramente fruncido; cuerpo liso, escotado, adornado con tres tiras en el pecho, semejantes á las de la falda, pero mas estrechas y con bertas guarnecidas de la misma manera; mangas anchas, bastante cortas, abiertas á cuadro sobre el codo, y guarnecidas con una banda igual al resto del adorno. Redecilla color rosa para adornar la cabeza y recoger el pelo.

Para niña de seis años, forma el traje un vestido de muselina blanca con pequeñas motas azules; falda guarnecida con tres rizados de diferente ancho, graduados de abajo arriba; cuerpo liso, escotado y fruncido á canastillo, rodeando el escote un rizado; pequeño jockey guarnecido del mismo modo; manga blanca, corta, ahuecada y que no llega al codo; cinturón ancho de cinta tafetan blanco bordado en los cabos. Sombrero á la Tudor, de paja de arroz, guarnecido con terciopelos y adornado con una gran pluma azul.

Siguiendo la misma escala de edad, hay también un vestido para niña de cuatro años, falda corta de piqué blanco, adornado sobre el borde del bajo con un bordado de lana roja del ancho de quince centímetros; camisa de batista ahuecada, y ancho cinturón de tafetan rojo con fleco.

El traje para niños de seis á nueve años, consiste en un vestido compuesto de chaqueta redonda con vuelta ó blandises á pico, muy corta y redondeada hacia los bolsillos; mangas bastante anchas con vuelta que lleva, como los bolsillos y el blandis, un pequeño y lindo bordado negro; pantalón ancho y corto adornado con un bordado igual al de la chaqueta sobre la costura del costado.

EMILIA R. Y R.

MADRID 15 DE JULIO DE 1861.